

LOS CABALLOS EN LA CAMPAÑA LIBERTADORA

RAMON C. CORREA



En los primeros días de julio de 1819 el Libertador Simón Bolívar y sus huestes que venían de Casanare, salvaron la Cordillera de los Andes en medio de hambre, de cansancio y de desnudez y entraron en pueblos de la Provincia de Tunja. El entusiasmo y el contento de los partidarios de la causa republicana ascendieron al pináculo del delirio. De todas partes surgieron centenares de adictos en pro de Bolívar. Unos se alistaron en las filas patriotas; otros obsequiaron víveres, alimentos, cobijas a las tropas y los hacendados enviaron o llevaron personalmente al Libertador hermosos caballos, con el único fin de que sobre esos robustos corceles montaran los próceres y pelearan con ardor hasta conseguir la libertad para tantas almas que gemían bajo el yugo de la esclavitud.

Los caballos que actuaron en los hechos de armas de 1819 en Gámeza, Tópaga, Corrales, Pantano de Vargas y Puente de Boyacá, nacieron, se criaron y se desarrollaron en potreros de pueblos de las Provincias de Boyacá, llamadas Centro, Tundama, Sugamuxi, Valderrama, Norte y Gutiérrez. Los caballos que partieron de Venezuela y de la región oriental de Boyacá, con los héroes, murieron en la travesía de Casanare al final del páramo de Pisba, como lo dice en seguida el testigo presencial señor General don Daniel Florencio O'Leary en su importante libro titulado "NARRACIONES".

"El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua, y el de aquella parte de los Andes que quedaba atrás, aunque escabrosa y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracacha para cuatro días, las arrojaban y solo se cuidaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libres de embarazo alguno. **Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada.** Tarde de la noche llegó el ejército (la segunda división) al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquella, pues fue imposible mantener lumbre, por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie, y porque la llovizna constante, acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían.

El 6 llegó la división de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja: la vanguardia le había precedido desde el día anterior. Los soldados, al mirar hacia atrás las elevadas crestas de las montañas, cu-

biertas de nubes y brumas, hicieron voto espontáneo de vencer o morir, antes que emprender por ellas retirada, pues más temían ésta que al enemigo, por formidable que fuese. En Socha recibió el ejército solícita hospitalidad de los habitantes del lugar y de los campos circunvecinos. Pan, tabaco y chicha, bebida hecha con maíz y melado, recompensaron las penalidades sufridas por las tropas, y las alentaron a concebir más halagüeñas esperanzas en lo porvenir. Mas, al paso que disminuían los trabajos del soldado, se multiplicaban las atenciones del general, **la caballería había llegado sin un solo caballo**, y las provisiones de guerra yacían en el tránsito por falta de acémilas en que transportarlas”.

Los siguientes documentos, tomados de los copiadore de notas del Libertador, prueban que Bolívar ordenó en Boyacá conseguir caballos y mulas con destino al montaje de los jefes y oficiales, a la conducción del parque para librar las batallas y de los víveres que sirvieran de alimento a las tropas. Dicen los despachos del Libertador:

RAMON C. CORREA

Nació el 7 de agosto de 1896 en Nobsa, Boyacá. Adelantó estudios literarios en el Colegio de Boyacá, donde luego fue profesor de Historia de Colombia durante 14 años. Es Miembro de Número del Instituto Histórico de Boyacá; Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia y de varios centros, sociedades e institutos de Historia nacionales y extranjeros. Ha publicado las siguientes obras: “Monografías de Pueblos de Boyacá”, “Parnaso Boyacense”, “Guía Histórico-Geográfica de los 126 municipios de Boyacá”, “Historia de la Literatura Boyacense”, “Guía Histórico-Geográfica de la ciudad de Tunja”, “Diccionario de Boyacenses Ilustres” y “Guía Histórica para el Turismo en Boyacá”. Actualmente es Secretario de la Academia Boyacense de Historia, cargo que desempeña desde el 23 de agosto de 1923.

“Socha, 7 de julio de 1819. Al teniente coronel Olmedilla y al ciudadano Rafael Parra. Se les libraron comisiones para que vayan a Cheva y Chita el primero y el segundo a Cerinza a buscar caballos y mulas”.

“Socha, 7 de julio de 1819. Al ciudadano Pedro Villarreal. Para lo mismo en Soatá; M. Solano y Manuel Reyes para Santa Rosa; Juan José Leiva y Agustín Moreno para Cerinza”.

Una de las haciendas de Toca era de propiedad en 1819 de los padres del ilustre sacerdote doctor don Andrés María Gallo, hijo de la población de Tuta, más tarde tres veces candidato para obispo, distinción que no aceptó. Este notable eclesiástico, que en 1819 estaba de cura excusador de Ramiriquí, fue a Toca a pasar, en la finca de sus padres, el día de San Pedro. Permaneció allí durante la primera semana de julio y cuando ya se disponía a marchar para su feligresía, don Agustín Combariza, de Tibasosa, mandó a una sirvienta a la hacienda de Toca a dar aviso a los padres del doctor Gallo que el Libertador y sus tropas habían llegado a Socha-viejo, a Tasco y pueblos vecinos. Les hizo saber que todos venían, pobres, carentes de ropa, de caballos, monturas. El Dr. Gallo, sus padres y hermanos se llenaron de gusto por la libertad, de manera especial la señora madre del sacerdote.

Esta gran dama resolvió que sus dos hijos ingresaran a las filas del Libertador. Se determinó llevar los caballos de obsequio a Bolívar, pero el esposo dijo a su compañera: “Menos el tuyo”, y ella contestó arrogante: “Mi caballo es el primero que se va, porque se lo regalaré al Libertador”.

El presbítero doctor Gallo partió para Tasco al encuentro del Libertador en compañía de sus dos hermanos y de otros patriotas. Llevaron cobijas, ropa y buen número de caballos. La señora madre dijo: “Si usted se va,

Andrés, dígame al Libertador, que le mando mis dos hijos para que le sirvan a la Patria, y mi caballo zaino, para que lo use también en nombre de la Patria y en el mío". Una vez el doctor Gallo en los **Aposentos de Tasco**, se entrevistó con el Libertador y le dijo: "Mi madre le manda ofrecer sus dos hijos aquí presentes, para que le sirvan a la patria y este caballo zaino para que usted lo use en su nombre; los señores que me acompañan, son mis dos hermanos, Fernando y Manuel, el joven Cayetano Vásquez, hijo del patriota del mismo nombre, fusilado por los españoles en Tunja, hace dos años y medio; el joven Luis Castillo, hijo del señor Domingo Castillo, y los muchachos de nuestras respectivas casas. De estos caballos, once le manda mi padre, tres el señor Jose María Manuel Vásquez, otros ocho le envía el señor Agustín Combariza y cinco el señor Domingo Castillo. Todos, envían, además, cobijas y ropa, porque se ha sabido la necesidad que el Ejército tiene de este auxilio".

El Libertador se acercó al caballo zaino, lo miró, lo acarició y dijo:

"Es un hermoso animal. Dígame usted doctor, a su señora madre, que admiro, en primer lugar, el envío que me hace de sus hijos, y lo mismo a los señores Castillo y Vásquez: que acepto, agradecido, el regalo que me hace de este soberbio caballo; pero que más admiro y agradezco el sentimiento que se revela en este obsequio".

Después se dirigió al Coronel Freitas y le ordenó esto:

"Hágame cuidar el caballo zaino; y de los otros, escoja los dos mejores y lleve uno al General Anzoátegui y otro al General Santander. Los otros divídalos entre los jefes Rondón y Carvajal y sus oficiales".

Al Libertador le gustó mucho el caballo zaino, nacido y criado en una hacienda de Toca. Ese hermoso corcel

tuvo la fortuna de llevar airoso el cuerpo del Padre de la Patria. El Libertador siempre dirigió las batallas más aguerridas montado sobre caballos fuertes, briosos y de elegante presencia.

El caballo que montó el Libertador para dirigir las batallas de Pantano de Vargas y Puente de Boyacá, el 25 de julio y 7 de agosto de 1819, fue el hermoso zaino que envió de regalo la señora doña Juana Velasco de Gallo a Bolívar a los **Aposentos de Tasco**. Ese caballo llevaba ya en el Puente de Boyacá el nombre de "El Muchacho".

Hay una página muy bella y muy emocionante en la historia patria de Boyacá, página que tiene relación con la batalla del Pantano de Vargas, el 25 de julio de 1819. Esa linda leyenda histórica es muy conocida, pero que hoy la recuerdo porque se refiere a un caballo arrogante, hermoso y blanco como un copo de nieve, caballo que montó el Libertador en los días más gloriosos de su preciosa existencia.

En 1814 el Libertador partió de Venezuela en dirección a Tunja a dar cuenta al Congreso de los triunfos y derrotas de las armas republicanas en territorio de Venezuela.

Después de larga y penosa marcha Bolívar llegó a Santa Rosa de Viterbo en el mes de noviembre de 1814. Venía en una bestia cansada por la trayectoria recorrida. Posó en una casa sencilla. Supo que los dueños de la habitación tenían una yegua y les propuso se la fletaran para continuar la marcha hacia Tunja, pero no accedieron. Contrató al de la posada para que lo acompañara hasta Tunja y le llevara las alforjas con el fin de que la cabalgadura en que iba el Libertador no se fatigara por el camino.

Dice el General Luis Capella Toledo, autor de la bella leyenda histórica:

“Durante el viaje de Bolívar, que iba a paso cansado, trabó conversación con su guía.

—¿Por qué no quisiste alquilarme tu yegua? —le dijo.

—Señor, porque podría abortar.

—Pero bien: yo te habría dado el valor del potro.

—¡Ah! es que usted no sabe. Ese potro...ese potro...

—¿Qué?...acaba.

—Es que mi mujer ha soñado con que ese potro va a servir para un gran General, pero muy grande. Ella dice que lo ha visto en el sueño.

—¿Y cómo lo pinta? Vamos, cuéntame.

—Dice que es chiquito y que no es blanco.

¡Malo! Un General tal como se lo ha soñado tu mujer, por fuerza tiene que ser muy “grande” y “muy blancote”.

—Usted se burla; pero sepa usted que a mi mujer nunca le fallan los sueños. Pregunte en el pueblo y lo verá. Cuando señora Casilda lo dice, todo se cumple. En la Villa la llaman el **oráculo**, aunque el señor cura la intitula **la agorera**.

Bolívar guardó silencio.

—Y bien —continuó el guía—: usted no cree en sueños?

—Sí que creo: he vivido soñando y sigo soñando.

—¿Y los sueños de usted...?

—¡Se cumplirán!

El guía refería más tarde que los ojos de Bolívar, al pronunciar tales palabras, habían brillado con una luz que le infundió miedo.

El Presidente del Congreso, doctor Camilo Torres, al saber que se acercaba, le envió un hermoso caballo de regalo, lujosamente enjaezado, que Bolívar no quiso aceptar.

—Antes de recibir ningún presente —le contestó—, yo debo dar cuenta de

mi conducta en la misión que se me dió para Venezuela.

El guía quedó aturdido, y más cuando horas después el Libertador, al despedirlo, le dijo sonriendo:

—“A Casilda, que me guarde el potro”.

Pasaron cuatro años y medio. El Libertador, Generales Santander, Anzoátegui, Soublette, Rondón y sus tropas llegaron a Socha-viejo, a Tasco, en julio de 1819. Pelearon en Gámeza, en Corrales, fueron a Betétiva, Tutazá, Belén, Cerinza, partieron para Duitama, de paso por Santa Rosa de Viterbo, y el 25 de julio llegaron a Pantano de Vargas y entraron en batalla con los españoles. Cuando luchaban ardorosamente patriotas y realistas, una voz dijo al Libertador:

“Mi General, aquí tiene su potro; se lo manda Casilda”.

“Bolívar miró con disgusto a aquel hombre que venía a hablarle de cosas fuera de lugar; pero con su memoria para todo, reconoció a su antiguo guía y se acordó del encargo que le había hecho para su mujer. Tomando aquel incidente como un anuncio del cielo, poniéndose de pies exclamó, con el acento de la victoria:

—¡Carguemos!...¡Carguemos...!

Y, antes de que le hubieran ensillado aquel lindísimo animal, Rondón, Infante, Nonato Pérez, Carvajal, Mujica y Mellado a la cabeza de los escuadrones, trepan irresistibles por aquellos cerros y restablecen la batalla.

Los realistas fueron desalojados de sus posiciones, y solo la noche y una copiosa lluvia pudieron salvar a la tercera División de una derrota completa.

El Libertador estimaba a su **Palomo Blanco** como a una parte de su sér. El noble bruto lo reconocía desde lejos. Al ruido de sus pasos, al timbre de su voz, relinchaba, ponía en plumero la cola, piafaba, en fin, hacía mil corbetas.

Al montarlo, temblaba de respeto.

Cuando en 1826 se preparaba el semidiós, para regresar a Colombia, el Mariscal Santacruz, como recuerdo de afecto, le exigió el **Palomo Blanco**.

Bolívar vaciló, pero no pudo negárselo.

Otro día no más, el caballo estuvo triste.

¡Murió pronto!....

Después del Libertador nadie puede envanecerse de haber cruzado la piedad sobre él....según decía el escritor citado.

El Padre de la Patria entró triunfante sobre el **Palomo Blanco** en Caracas después de Carabobo 29; en Quito, después de Bomboná; en Lima y en La Paz, después de Junín y Ayacucho.

El Coronel de la independencia don Francisco Mariño y Soler, hijo ilustre de la población de Tibasosa, llevó el 25 de julio de 1819, de su hacienda de **Ayalas**, al Pantano de Vargas, un buen número de caballos y los regaló al Libertador. También obsequió ganado para alimento de las tropas republicanas.

Don Javier Villate, alcalde de Tibasosa en 1819, y su hermano don Luis, entregaron al Libertador el 25 de julio de 1819, doscientos caballos que los españoles tenían en los potreros de **Los Caños**. Bolívar recibió entusiasmado este regalo. Más tarde el Libertador dió las gracias al señor Villate "por tan impagable servicio", según nota del Padre de la Patria al citado funcionario.

El notable literato e historiador señor don Tomás Rueda Vargas, trae en su bello trabajo titulado "Visiones de historia colombiana", la siguiente interesante relación sobre otros caballos que fueron enviados al Libertador, de Sotaquirá a Pantano de Vargas, el 25 de julio de 1819.

"Hace años en "El Nuevo Tiempo Literario", publicó don Samuel Ber-

nal, la relación de un viejo mayordomo, Ignacio Sandoval, que vivía ciego desde años atrás en una hacienda del norte; relación que para mí ha constituido desde entonces, la clave de la salvación de la batalla de Vargas, completamente perdida, como es sabido, en la tarde del día de Santiago de 1819. El viejo del cuento, en aquella época mocetón, apuesto y listo de la servidumbre de la familia Niño, en Ocusá, una de las grandes fincas boyacenses, fue llamado por el patrón, quien le ordenó reunir otros vaqueros y chalanos y recoger en las corrales la numerosa caballada que él y otros señores habían hecho arrear hacia el páramo para librarla de la gente de Barreiro.

Una vez apartados los potros y caballos mejores en número aproximado de cien, entregó el patrón al mozo una carta para el Libertador, y lo despachó en su busca con la brigada. Por veredas excusadas del páramo de Socónsua, por rastras de cazadores, guiados por el seguro instinto campesino, fueron evitando los muchachos el encontrarse con gente realista, y acercándose al ejército patriota, hasta que el 25 de julio, conducidos por el ruido del combate, llegaron a las cercanías del cerro del Cangrejo, en el momento crítico de la batalla, cuando los infantes patriotas dominados por el número cejaban donde quiera, y los caballos despeados en la larga marcha anterior estaban del todo inutilizados.

En el corredor de un rancho grande vió el conductor de los caballos, sentado en una banca rústica a un hombre que le pareció viejo, flaco, afligido, con aire de enfermo y profundamente cansado. Se lo habían señalado diciéndole que era el General Bolívar. Presuroso le entregó la misiva del patrón. Todo fue leerla y levantarse transfigurado. ¡Cómo había de ser viejo si la

vispera había cumplido treinta y seis años! ¡Cómo no había de vencer, si tras la loma levantaban el polvo cien caballos frescos, para que remudaran sus jinetes desmontados! Dió unos pasos. Allí no más en el corralón al lado —Rocinantes vencidos— humeantes de sudor, caído el belfo, las orejas gachas, humillada la cabeza, están los caballos que vienen sirviendo sin herrajes, sin quitarles la jetera ni para beber, desde que les pusieron el rejo en los potreros de Tasco y de Batéitiva. Apoyados en las lanzas o recostados contra la paleta de los jacos, conteniendo la rabia de verse desmontados, espera órdenes un puñado de zambos apureños. “Rondón, gritó el enfermo de la banca señalando los lucientes potros sotaquireños que, contenidos por los mozos, se arremolinan asustados por el ruido del combate que se acerca rugiente por momentos. Rondón, haga remudar su gente a esos caballos y cargue”. Habitados a lo extraordinario, silenciosos y rápidos los zambos de Rondón pasaron los cabestros y los fustes a los caballos frescos. Las largas camisolas de las mu-

jerres de Socha flotaron sobre las ancas de los potrejones de Timisá y de Polmerán, y los escuadrones de Infante, de Mojica y Carvajal, bajo la mirada azul de los legionarios irlandeses, cayeron agachados y terribles sobre los batallones del Rey. Minutos después habían silenciado las bocas de fuego de los veteranos de la guerra de España. Bajo la lluvia que comienza a caer, bajo la noche que se cierra sobre el campo, los tambores de Barreiro baten furiosamente a retirada”.

El señor Camilo Escobar fue patriota de mucho interés por la Independencia. En julio de 1819 se presentó en su tierra, Gámeza, al Libertador, le obsequió seis caballos y cinco mulas, ingresó a los ejércitos republicanos y peleó en Pantano de Vargas y Puente de Boyacá.

Don Ignacio Antonio de Zubieta, primero graduado de Licenciado en Derecho y más tarde ordenado de sacerdote, envió de Pesca a Pantano de Vargas al Libertador, auxilios en alimentos y un magnífico caballo.

“Toda la América del Sur se hizo a caballo. Primero, los conquistadores: luego, los liberadores. Los dos momentos fundacionales de América son ecuestres; a caballo están las estatuas de Valdivia y Pizarro; a caballo, las estatuas de Bolívar, San Martín, Sucre o Artigas”.

José María Peman.